

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

FILMANDO CON LAS HELICES

LA «CAPILLA SIXTINA» DE LOS MAYAS

NO es fácil llegar a Bonampak, ciudad de los muros pintados, que es lo que quiere decir en español Bonampak. Se halla en la frontera de Guatemala y Méjico y es de los últimos grandes descubrimientos realizados en el campo arqueológico-pictórico, ya que enriquece lo que de pintura ya se conocía de los mayas, en el Templo de los Guerreros y Templo de los Tigres, en Chichén Itzá (Yucatán, Méjico), y en Uaxactun (Petén, Guatemala), y en Santa Rita (Belice).

Y no sólo es sumamente difícil llegar a Bonampak, sino que no deja de sentirse un poco defraudado el viajero, al contemplar en aquellos muros pintados hace siglos, los originales de las copias que ha visto reproducidas a todo color, por el pintor guatemalteco Antonio Tejada, el pintor mejicano Agustín Villagrán Caletí y la pintora Rina Lazo.

Algo de historia sobre el descubrimiento de Bonampak. Lo realizó el señor Giles Healey, en 1946, y hasta un año después, en 1947, se organizó la primera expedición para copiarlas, y en 1948, la segunda expedición con el mismo fin.

Bonampak se encuentra al norte del Estado de Chiapas, Méjico, cerca del río Lacanjá, afluente del Usumacinta, río que sirve de límite entre Guatemala y Méjico. Al llegar se descubre una amplia plaza rodeada por plataformas. Más lejos se ven nueve edificios montados sobre terrazas, con escalinatas. Una inmensa estela hay en el centro de la gran plaza. Según se nos informa allí, Bonampak pertenece al Viejo Imperio Maya, y data probablemente del año seiscientos antes de nuestra era.

Pero lo que nos inquietaba, a los que hemos venido, sorteando tanta penalidad, es contemplar las pinturas, los famosos frescos. El edificio en que se hallan es de fuertes y gruesas paredes, muros de unos 80 centímetros de espesor. En cuanto a las pinturas, a los frescos propiamente dichos, sobre ser escasa la luz, están bastante borradas por la acción del agua que se cuele por algunas rajaduras, por la acción del tiempo y el moho. Sin embargo, qué emoción encontrarse en este recinto que con justicia ha sido llamado la «Capilla Sixtina» de los mayas. El espectáculo, a pesar de lo desvaído del color, pasma, deslumbraba, demuestra no sólo la acabada maes-

tría de los pintores muralistas mayas, en el dibujante y los matices, sino su conocimiento de las substancias que empleaban para producir sus pinturas hasta obtener la más rica y amplísima paleta: negros, blancos, rojo índio, amarillo ocre, siena quemado, rojo naranja, azul turquesa, verde esmeralda, azul parecido al de prusia, todos éstos, además, combinados en forma que lejos de hacerlos chillones, los rebajaban. Se advierte que pintaban al fresco, es decir, sobre superficies húmedas, y en alguna parte hemos leído la explicación de cómo procedían. Su técnica era la siguiente: sobre la parte a pintar se trazaba el dibujo de lo que iba a representarse con rojo índio muy diluido; luego se procedía a llenar los espacios dibujados, con los colores que correspondían, terminado lo cual venía el filete, que en Bonampak es negro.

La casa de los muros pintados, como se le designa, tiene 16,55 metros de largo, por 4,12 metros de ancho, por 7 metros de alto. De forma rectangular está dividida en tres aposentos. En el primero, la escena descubre la captura de un prisionero por un guerrero, todas las figuras sobre fondo azul. En una mano, este personaje principal por su indumentaria, plumas y pieles de tigre, cráneos humanos, como pendientes, luce una lanza, y con la otra tiene agarrado al prisionero por los cabellos. Alrededor hay pintadas figuras de músicos y danzarinés, los músicos alzan largas trompetas, y los danzarinés lucen máscaras de animales. También hay figuras tocando conchas de tortugas y otras que llevan quitasoles. Una figura que va tocando un tambor y un quinteto de sonajeros.

Por otro muro y como al compás de esta música avanzan filas de grandes señores vestidos ricamente. Hay el que dirige el cortejo con el brazo levantado y en la mano la vara ceremonial, y atrás vienen algunos otros con quitasoles. Completa, en la parte alta, esta parte del mural, un conjunto de nobles vestidos de capas blancas, orejeras de jade y collares de conchas. Lo más llamativo de estas figuras, calzadas con sandalias de plumas, son los adornos que llevan en la testa: plumas, cabezas de animales, mascarones fantásticos. Un criado avanza al encuentro de estos personajes, con un niño en brazos,

atada la cabeza para deformarle el cráneo, señal de nobleza entre los mayas.

Extasiados en estas borrosas visiones de siglos de grandeza, los ojos no saben dónde posarse, qué preferir, si volver a los conjuntos que ya hemos visto o seguir nuestra peregrinación entre dices o grupo de mujeres. Una al medio, que es la que parece hablar por el movimiento del brazo, explica algo a las que están sentadas o de pie con objetos en las manos.

Pero aún nos queda una teoría de varios personajes que corre por la parte superior, tocados tres de ellos con inmensas plumas verdes, plumas de colas de quetzal, y los otros con cascos de formas caprichosas. Llamen la atención las naguilas de piel de tigre que lucen algunas de estas figuras y por lo que parece, se trata de la ceremonia que se usaba para vestir a los grandes señores, ya que abajo figuras muy destruidas tienen aún restos de brazos y de manos ofrendando pieles de tigres, varas, collares de jade, abanicos y perfumes.

A fuerza de estar dentro, los ojos se van acostumbrando y, como pasa en la Capilla Sixtina, se empieza a tener un pleno dominio de los dibujos y colores que nos rodean. El movimiento de las manos que habían, manos dibujadas con magistral cuidado, en las que hasta las uñas se han estilizado; la riqueza inverosímil de los collares, de las ajorcas, de los pectorales de jades o esmeraldas, adornados con mascarillas rojas, y luego, entre los músicos—tocadores de tortugas, con cuernos de venados—el detalle de las máscaras, de los brazos recubiertos de largos guantes con forma de tenazas de gigantes cangrejos, barbas y cornamentas estilizadas, mezcla irreal y vegetal.

Alguien nos recuerda que faltan dos aposentos por visitar, y a lengüetazos de ojos, tal nuestras últimas miradas, quiséramos llevarnos de esta primera estancia, en las retinas, el recuerdo vivo, la imagen inapagable de lo que acabamos de contemplar, extasiados, hay que repetirlo, porque no existe otra palabra.

Miguel Angel ASTURIAS

«DE SENECTUTE»

LOS AÑOS Y SU CARGA

LA verdad es que no nos gusta nada pensar en ello; pero, en el mejor de los casos, nuestro destino será envejecer. No hay otra alternativa: o morir «antes de tiempo», es decir, prematuramente—y el adverbio no puede ser más convencional—, o llegar a viejos, con todo lo que de siniestro supone la vejez. En cuanto a la muerte, la resignación suele ser más bien teórica, y, en última instancia, el recurso a los médicos, la cautela en las carreteras y la mitigación de la violencia pública o privada, sirven para aplazar en lo posible el desenlace previsto. Incluso se presta a tema de poemas líricos. Lo de la vejez, en cambio, y aunque parezca mentira, resulta más difícil de admitir. Si: bastante más difícil. Nos resistimos a imaginar que, un día u otro, «empezaremos» a envejecer. Y ese día llega. Y llega otro día en que ya nos damos cuenta de que somos viejos. Lo cual no se produce sin un trauma en el ánimo de la persona interesada. «La edad nos coge por sorpresa», escribió Goethe. La misma cita del «monstruo de Weimar» procede de una de sus páginas. Mme. Beauvoir, que ha rebasado los sesenta, y que no tiene ningún remilgo en considerarse «vieja», ha decidido denunciar la horrida fatalidad de la «condición senil» en el cuadro de nuestras sociedades. La obra es un alegato, como su precedente «Le deuxième sexe»: un papel vivo y militante. Y con parecidos defectos subalternos. Mme. Beauvoir ha llenado muchas cuartillas con informaciones sacadas de manuales de divulgación, sobre aspectos biológicos, históricos o etnográficos, a las que apenas da un ligero tinte de Interpretación «sartriana». Pero eso es lo

de menos. Lo que de veras importa en ambas obras—la que escribió «como mujer» y la que acaba de escribir «como vieja» («como viejo», si el masculino parece más genérico)— es la admirable sagacidad con que pone el dedo en la llaga. O sea: la razón de su propósito y la sutileza de sus argumentos. Ser viejo ha sido, siempre, o casi siempre, una situación social descaradamente ignominiosa; ha sido y es, de manera tremendamente obvia, una situación «física» y «moral» desastrosa. En la medida en que cabe un remedio—y respecto a la ancianidad la pretensión ha de ser más compleja que respecto a la feminidad—, Simone de Beauvoir adopta la actitud agresiva que puede llevar a conseguirlo.

Y, como en la hipótesis de la «mujer», un primer paso es despertar la conciencia correspondiente: hacer que, mujeres y hombres, sepan lo que es «ser mujer» en un mundo de dominio masculino, y que jóvenes y viejos sepan lo que es «ser viejo» en un mundo establecido sobre juicios y prejuicios, quizá no demasiado «juveniles», pero por supuesto bien poco «seniles». Lo otro viene después: las soluciones prácticas, de tipo económico, asistenciales, y las éticas. De ahí que Mme. Beauvoir insista tanto en el hecho de esa negativa a reconocernos «viejos» que caracteriza a las gentes, por lo menos, de nuestra época. En otros momentos y en algunos sitios, el «anciano» ha obtenido reverencias y privilegios evidentes: el patriarca, el senador, el decano. Pero hoy no soplan los vientos por este cuadrante. En realidad, el asunto no es tan sencillo como digo, ya que, probablemente ahora más que nunca, vivimos bajo el signo de una gerontocracia apenas disimulada. Pero a nadie le agrada aceptar la definición. A ciertos niveles, el «anciano» continúa tan entronizado como en Israel, en Roma o en determinadas tribus ecuatoriales. El problema es el de los otros «ancianos»: la multitud subordinada de los jubilados, de las suegras, de los enfermos. Y, con los años, la ciudadanía entera acaba siendo eso: jubilado, suegra, enfermo. Sea como fuere, la primera reacción consiste en eludir

el estigma. En ocultarlo o en aparentar que se le olvida.

Bien mirado, debe de ser una treta más de nuestro «instinto de conservación». Empleo la fórmula «instinto de conservación» a sabiendas de que los profesionales de la psicología y ciencias afines la han recluido al cuarto trastero de los arcaísmos. Pero de algún modo hay que hacerse entender. Todos propendemos a vivir «como si» nunca hubiésemos de morir, y «como si» nunca hubiésemos de llegar—en la hipótesis de una supervivencia afectuosa— a viejos. En la primera hoja de «La Vieillesse», Mme. Beauvoir nos ofrece un dicho edificante de Buda: cuando todavía era el príncipe Siddhartha, Buda vio un carcamal desdentado, pura arruga, vacilante, achacosos, y sacó la consecuencia de que, al fin y al cabo, tal era el final inevitable de una vida prolongada. «¿Para qué los juegos y las alegrías de la juventud, si soy la morada de la futura vejez?». Buda no se chupaba el dedo, desde luego. Sin embargo, su conclusión no podía ser más lúgubre. Renunciar a las notorias delicias de la juventud porque acabaremos siendo unos abuelitos llenos de alfafes, es una decisión absurda. La obsesión de la vejez, como la de la muerte, paralizan. Si el vecindario del Occidente socrático-cristiano-marxista no hubiera superado la tentación de esos ascetismos a ultranza, hoy todavía viviríamos en las cavernas, cazando conejos o bisontes, y curando nuestras dolencias del bazo con infusiones de hierbas. Se comprende que la humanidad haya sido reticente respecto a la «vejez». Y respecto a la muerte. Es la táctica del avestruz. Pero, dejando de lado las implicaciones metafísicas, la tendencia a esquivar la «amenaza» se hacía necesaria.

Por este camino hemos llegado a un punto de aberración ignominioso. Era la contrapartida. Pese a los progresos de la geriatría y de las ayudas de seguridad social, la vejez sigue conservando su aspecto torvo. En el fondo, la geriatría y la seguridad social sólo son tentativas para «conjurar» la vejez: para atenuar algunas de sus derivaciones más dramáticas, como

son el dolor, la invalidez, el desamparo, la penuria material. Pero subsiste intacto el otro lado de la cuestión: el íntimo, el interior, de cada cual. El «sentirse» viejo. No «estamos preparados para ello». A lo sumo, en nuestras mitologías cotidianas, la vejez es esgrimida como un vago aliciente para fomentar el ahorro doméstico o para ingresar en asociaciones mutualistas. A medida que los mecanismos del orden ultraindustrializado se perfeccionan, van disminuyendo los últimos residuos de la «previsión» rural, que a menudo implicaban la política matrimonial de las familias. De todos modos, la «sorpresa» no pierde vigor. La vejez nos pilla cuando menos lo esperábamos. Porque no la esperábamos. Se hace de tripas corazón, se echa mano del maquillaje, se calla la fecha de nacimiento, si arguye que se es «joven de espíritu».

Ser viejo es algo indiscutiblemente triste. Por mucho que arreglen las cosas desde el punto de vista de los céntimos, de la vivienda, de los hospitales, y hasta en el supuesto de las más bellas de las utopías, la vejez es una angustiosa mala pasada. Las ocurrencias de Cicerón, de Séneca y de todos cuantos se lanzaron a dorar la píldora con tratados «De Senectute», merecen un piadoso desdén. Y lo será cada día más: más triste. La dulce estampa del anciano feliz, rodeado de dos o tres generaciones de prole, pertenece a la etapa agropecuaria de nuestra civilización: es literalmente incompatible con los pisos pequeños, los coches utilitarios y las computadoras electrónicas. Y lo peor es que nunca se sabe cuándo comienza la vejez de uno. Mejor dicho: la de «uno—usted, yo—si; no, sin embargo, en términos de generalización. Turgueniev solía decir que «el más grande de todos los viejos era tener 55 años». La frase le hizo gracia a Lenin, y Trotski la repetía. ¿55 años? Quizá antes, quizá después: quizá se es viejo cuando la memoria de uno se hace, a la vez, precaria y maníaca. No sé. La humorada de Turgueniev, de llamar «vicio» a la ruina biológica, todavía es un sintoma de la repugnancia a considerarse «viejo»...

Joan FUSTER

GRATIS

PARA SUS VACACIONES

Le remitiremos el folleto de la excursión que más le seduzca:

CANARIAS - GALICIA
MALLORCA - ANDALUCIA
BENIDORM - IBIZA
PARIS - MAHON - ARAN
MARRUECOS, ETC. ETC.

Precios muy interesantes
Solicítelo: Tel. 221 03 49

VIAJES CONDE
VERGARA, 3 (junto Balmes)
SUCURSAL: PASEO DE COLON, 18

SONRIA
A LA VIDA
CON
**CALMANTE
VITAMINADO**
PEREZ GIMENEZ

GARANTIA
DE FELICIDAD

CONFIE SIEMPRE EN UN ANALGESICO CON
20 AÑOS DE EXPERIENCIA
AL SERVICIO DE
SU BIENESTAR



DE RAPIDOS Y CONTUNDENTES EFECTOS PARA EL DOLOR,
JAQUECAS Y ENFRIAMIENTOS.

ANALGESICO CON VITAMINA B1 (Y TAMBIEN INFANTIL)

VARICES

MEDIAS ELASTICIDAD EN TODOS
LOS SENTIDOS, surtido completo en
hilo y espuma de nylon, las mejores
marcas los mejores precios. Disponemos
también rodilleras, tobilleras y
pantorrilleras. ORTOPEDIA SABATE
calle CANUDA, 7 (esquina a Rambal)

HERNIADO (QUEBRADURAS)

La solución la hallará, si utiliza
nuestros aparatos herniarios
(BRAGUEROS) de contención
eficaz y garantizados.
MAS DE CINCUENTA AÑOS AL
SERVICIO DEL HERNIADO.
(Bajo prescripción facultativa)
ORTOPEDIA SABATE, Canuda 3, 5 y 7